

que es mucho lo que cada día estamos extrañando á vdes., y no pasa un solo instante sin tenerlos presentes á cada paso." Estas palabras conmovieron varias veces el corazón del jóven, que cada día tomaba nuevos y firmes conocimientos, para ser mas tarde un varon ilustre y digno ministro del Santuario.

II.

Hemos llegado á una época de la vida del Ilmo. Sr. Peña y Navarro, que para describirla acertadamente, seria necesario, ó ser testigo ocular, ó haber recurrido á una fuente tradicional que llenara todas las condiciones mas principales de un rasgo histórico; pero, no obstante que los datos se perdieron entre los escombros y el incendio de la casa del señor Peña, hemos oido de los lábios del Ilustre Prelado una gran parte de este asunto, y otra la hemos recibido, tanto de uno de sus condiscípulos que le sobrevive, como de algunos discípulos que hoy derraman lágrimas de ternura y de agradecimiento sobre el sepulcro de tan buen Pastor.

Nuestra relacion enlazada con la anterior, nos hace recordar una ejemplar conducta que observó el Sr. Peña con su amo: hemos dicho, que impulsado por sus vehementes deseos al sacerdocio, se determinó á dejar el comercio y el mundo; pero habia una circunstancia asaz difícil y peligrosa, y esta consistia en que debia á la casa de comercio una cantidad de 300 pesos, contraida por la escases de recursos y por el miserable sueldo que aquel rico comerciante le habia puesto.

Al separarse, pues, de su principal, le dice éste:—¿Con qué cuenta vd. Sr. Peña para comenzar sus estudios?—Señor: con la Divina Providencia. —¿Y puede vd. pagarme esa cantidad de 300 pesos que constan en la cuenta? —En el acto no lo puedo hacer: respondió el pobre deudor cubierto de mortificacion, pero de los primeros recursos que en lo sucesivo adquiriera, será satisfecha mi deuda. En efecto: luego que el comerciante comprendió que el Sr. Peña disfrutaba un sueldo como catedrático de latinidad, jiró su órden de pago y con mucho sacrificio cubrió su cuenta aquel dependiente honrado que supo cumplir con sus deberes.

La grande virtud que desde la infancia adornó al Sr. Peña, le hizo distinguirse en el colegio Seminario, y con la buena conducta de piedad y de excelente aplicacion, que siempre observó entre sus superiores é iguales, dió lustre y buen nombre al Plantel de Michoacan.

Entremos en una transicion; para dar fuerza á los justos y bien fundados deseos del Sr. Peña.

Bien sabido es que, la carrera literaria siempre ha formado el blason mas honorífico que el hombre puede obtener durante la vida; y al paso que las facultades intelectuales se desarrollan ante la faz magestuosa de la sociedad perfecta, se admira y se respeta el ingenio humano: él es semejante al diamante cubierto de arcilla, que adquiere su preciosa brillantez, tanto, cuanto mas se pulimenta en el taller del lapidario; sus quilates son mas apreciables y se multiplican por su tamaño y su peso; y este tesoro preciado es mas ó menos célebre, á medida que es mas ó menos celebrada la casa ó persona que lo posee.

La experiencia de todos los tiempos se ha encargado de demostrar estas verdades; y por lo mismo, ellas son conocidas de todas las sociedades antiguas y modernas. De este conocimiento se ha desprendido ese ahínco, que ha mostrado sin cesar la gran familia humana, para levantar y sostener los hermosos planteles de las ciencias y de las artes. El grado de cultura en las naciones, se toma en el termómetro, por decirlo así, de las inteligencias sostenidas ó iluminadas por el fuego de la verdadera sabiduría; estos talentos ilustrados son, en todas partes, el ornamento de los seminarios, escuelas, universidades y liceos; ellos forman el orgullo nacional, y sus nombres se repiten de boca en boca y de pueblo en pueblo, hasta que llegan á las generaciones mas remotas: ó viceversa, la memoria de estos hombres ilustres y sábios no parece jamás, sino que brilla como los ástros, que guían con el ejemplo y con su carrera fija, á las generaciones futuras.

Como una deducción fácil y natural puede tenerse en la sociedad civil, esa pasión que el jóven siente agitarse en su pecho, cuando en los primeros dias de reposo medita el porvenir, y divisa, aunque muy lejos, la senda que le conducirá á la gloria. Hay en el hombre un impulso secreto que le lleva hácia el árbol de la ciencia; y al colocarle bajo sus frondosas ramas, engendra en él un deseo ardiente de perfeccionar el alma, de mejorar el corazón y de gozar esas dulzuras inefables, que sabe destilar la religion sobre los sedientos lábios del desterrado, que en el Eden quiso ser como los dioses

Nadie ignora que el hombre recibe del Supremo Hacedor gracias sobre abundantes, para llegar al fin de su destino; pues todos los

séres creados han recibido del Creador aquellas propiedades ó atributos que los impelen de consuno á los grandes fines para que fueron predestinados. Hé aquí el destino, ó mejor diremos, la vocacion de cada uno de los hombres que componen la gran familia humana: hé aquí, tambien, la senda del porvenir de cada miembro social; pero difícilmente se dá lleno al cumplimiento de un deber sagrado, cuando se ha errado la vocacion.

Nuestro jóven supo corresponder á su destino; porque no se guió por sus propias fuerzas, sino que oyó la voz de Dios y la de su conciencia, y no quiso endurecer su corazón, antes bien estuvo pronto al llamamiento. ¿Qué extraño es, que guiado por mano diestra haya dejado sus pátrios lares, sus parientes y sus amigos para dedicarse á la carrera eclesiástica? ¿Quién no vé aquí el dedo de Dios trazando con caracteres eternos la vocacion del Illmo. Sr. D. José Antonio de la Peña y Navarro? Mas demos un paso sobre el basto campo que se abre á nuestros piés. . . .

Despues de los tristes acontecimientos que por dos lustros se sucedian sobre la hermosa pátria de Morelos; despues de tantas y tan sangrientas batallas libradas en el campo del honor y de la gloria, en que mexicanos y españoles venidos á América, disputaban la rica vestidura de la desgraciada México, conquistada á sangre y fuego por Cortés; despues, en fin, de haber permanecido sin vida y movimiento el colegio Seminario de Morelia: ¡llegó una época gloriosa para las letras . . . !

Corria el año de 1819, cuando un eminente sacerdote, hijo de la ciudad de Zamora, tocó las puertas de aquel hermoso colegio, y abiertas de par en par se vió entrar por ellas,

á centenares de alumnos que como abejas se agrupaban á libar la miel dulcísima de la sabiduría, para alimentar á los pueblos de Michoacan sedientos de libertad é independencia, de garantías y de verdadera ilustracion, y cuyos dones, para que fueran duraderos deberian estar fundados en la Santa Religion Católica, que nos habian legado nuestros mayores.

El Sr. Rector D. Angel Mariano Morales, despues obispo de Sonora y Oaxaca, es el insigne sacerdote que con su paternal solicitud dió impulso á aquel Seminario hasta el año de 1832. En esta época, de feliz memoria, fué cuando por el influjo y predileccion que siempre dispensó el Sr. Morales á nuestro humilde y pobre Sr. Peña, entró de beca de gracia á las cátedras de latinidad, bajo la direccion del presbítero ejemplar D. Apolonio Sanchez. Concluido el año de *mínimos y menores*, el Sr. Peña obtuvo uno de los primeros lugares: su calificacion literaria, fué tan meritoria y honrosa, que desde entonces, fué visto con respeto y estimacion de sus maestros y condiscípulos. En el segundo año escolar aprovechó todos los conocimientos de la gramática latina de Nebrija, bajo la regencia del Presbítero D. Lorenzo Aureoles, quien lo distinguió con una relacion de méritos, que deberá constar en los archivos de aquel colegio: en ellos se hace memoria de la conducta ejemplar del Sr. Peña y de su aplicacion tan asídua, que es fama hasta el dia, de que en la Sala Madre y en los corredores dejó bien marcada en el pavimento, la huella de sus pasos al hacer la preparacion de sus clases: jamás se le vió bajar al juego de pelota, ni de otras recreaciones; todo su corazon y toda su alma estaba fija en el tesoro de la sabiduría y de la piedad cristiana.

El año de 1822 pudo recibir, en premio de su aplicacion y buen nombre, una beca de oposicion y fué catedrático de latinidad, con tanto acierto y dedicacion que se tuvo como uno de los mas adelantados de su tiempo en el bello idioma de Ciceron y de Virgilio.

Cursó la filosofía con suma aplicacion, y fué un buen matemático, al grado de que sus mejores condiscípulos y amigos admiraban sus talentos. Recordamos, á propósito, que el Sr. Presbítero D. Ignacio Mejia, siendo como era tan circunspecto y tan profundo en las ciencias eclesiásticas, encomiaba en público los talentos del Sr. Peña y le creia el mas aprovechado filósofo y matemático de su tiempo.

Agregado el Seminario de Morelia á la Universidad de México por el Illmo. Sr. Morales, con un feliz éxito recibió el Sr. Peña el grado de Bachiller y pasó á los estudios de la teología Dogmática y Moral en que tambien mereció el aplauso general por su instruccion y aprovechamiento.

Adornado con tantos conocimientos y lleno de virtudes, llegó al año de 1827 en que fué á ser consagrado sacerdote por el Illmo. Sr. Obispo de Puebla de los Angeles.

III.

Puebla, esa hermosa ciudad de los Angeles, cuna de tantos hombres ilustres, fué la dichosa que vió en uno de sus magníficos templos á nuestro virtuoso Sr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, ofrecerse ante el tro-